

dar , que no llegó á la cumbre de los honores, sino por el camino de la tribulacion. Léjos de abatirse su corazon con los reveses de la fortuna y con los trabajos , fué siempre superior á sus desgracias. Aprended vosotros á quienes solo la idea de una adversidad momentánea os agita , turba y consterna , aprended digo de su conducta , y avergonzaos de la vuestra.

Yo convento en que os olvideis del hombre de gloria , porque la de nuestro Santo merece indispensablemente vuestra admiracion. Pero no en que dexeis de tener siempre presente al hombre sufrido , zeloso , caritativo , humilde y penitente ; porque este es vuestro modelo , y á quien debeis imitar. No teneis mas que caminar por sus pasos en las sendas de la virtud para que se os conceda la gracia de que logreis la corona de gloria , que os deseo y de que goza *Germano* en la eterna bienaventuranza.

PANEGÍRICO

DE SAN MARTIN,

Obispo de Tours:

PREDICADO

En la Iglesia Parroquial de S. Martin.

Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram. Haré prodigios que jamas se hayan visto sobre la tierra.
Exòd. 34. 10.

Aquellas maravillas que llenaron á los pueblos de admiración en la ley antigua , se perpetúan en la nueva. El mismo poder que manifestó Moyses en Israel , se le comunicó Dios á sus apóstoles. Pero ¿qué digo yo? Aun ha producido el Christianismo mayores milagros, los quales ha observado el mundo con otro tanto mas asombro en quanto no les habia visto jamas como ellos. *Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram.*

Para justificar esta idea , no tengo mas que
Tom. IV. L pa-

pasar á los primeros siglos de la Iglesia. ¡Que prodigios señalaron el apostolado de San Pablo! Pero figurémonos desde luego en el quarto siglo. En él se nos presenta un nuevo Pablo, un apóstol sucesor digno de los apóstoles, un prelado gloria de los prelados, y un hombre cuyas heróycas acciones, y cuyos ayreguados milagros han sido como una viva prueba de la Religion. Con solo nombrar á *San Martin*, me parece que hago un elogio superior á su elogio mismo. Como hombre prodigioso manifestó al universo admirado señales tan resplandecientes, que no habia podido ver hasta allí, ni tal vez verá jamas. *Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram.*

Pero estos inauditos prodigios que son como garantes de su palabra, solo fueron la recompensa de sus virtudes y de su zelo. *San Martin* no llegó á ser el Taumaturgo de su siglo, sino despues de haber igualado á los primeros fundadores de la Religion en la santidad de sus exemplos y en la grandeza de sus trabajos. Uno y otro objeto comprehenderá mi discurso.

Fórmase *San Martin* en la Religion, y llega á ser el ornamento de ella. *Punto primero.*

Conságrase *San Martin* en la Religion, y llega á ser el defensor de ella. *Punto segundo.*

Por esta razon advierto en su persona un milagro mas grande que todos quantos obró. *Signa faciam quæ nunquam visa sunt super terram.*
AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

El hombre que os propongo como ornamento de la Religion, es un hombre vencedor del mundo y de sí mismo; un hombre que se eleva sobre sus enémigos y admiradores; un hombre, en fin, superior á los demas por su heróycá fé, por su singular penitencia, por su paciencia invencible, y por su profunda humildad. Un hombre tal como este vereis en *San Martin* desde el principio de su carrera.

En él se reunen todas las virtudes y todas son en él prodigiosas. Su fé es heróycá, su penitencia inaudita, su paciencia inmutable, su humildad siempre una misma; triunfando igualmente, por el dichoso conjunto de tantas virtudes, del mundo y de sí mismo, de sus enémigos y de sus admiradores. Triunfó del mundo por el heroísmo de su fé, de sí mismo por el rigor de su penitencia, de sus enémigos por su paciencia invencible, y de sus admiradores por su siempre constante humildad. Despachémonos para manifestar las riquezas de tan dilatado asunto.

En el mismo seno de las tinieblas fué donde empezó á brillar la luz. De entré las obscuras sombras del paganismo empezó á iluminar la fé á *San Martin*. *Exortum est in tenebris limen* (1).

Idólatra por necesidad y por inclinacion christiano, no fué delito en él la desgracia

(1) Psalm. 111. 4.

de su nacimiento, las felices disposiciones de su corazon anunciaban ya las primicias de su mérito.

Aun no le permitia la debilidad de su tierna edad conocerse á sí mismo, y le hacia ya percibir su prudencia la ridiculez de las opiniones en que se pretendia imponerle. Nada podia la preocupación de la educacion en su espíritu. Yo advierto, que se oculta á los ojos de un padre que adora á los ídolos, y busca en los templos de los christianos á los adoradores del verdadero Dios. Como discípulo dócil se instruía con ventajas, venciendo todos los obstáculos su naciente fé. En un catecúmeno se advertian ya los sentimientos de un apóstol. Primera victoria que consiguió su fé en el mundo, y dichoso presagio de las que debia despues alcanzar.

En efecto ¿en qué carrera le empeñó desde luego el mundo? En una profesion otro tanto mas delicada en quanto permite al parecer un uso libre de todas las pasiones humanas. Triunfando el militar de los enemigos del estado, se ve siempre vencido por los funestos sentimientos de su corazon: la licencia de las armas le hacen tan pronto victima de la seductiva luxuria como de la imperiosa ambicion, y muchas veces tambien de un vil y criminal interes. ¡O pasiones tiránicas! no, no llevasteis jamas la inocente atencion de *San Martin*, porque la fé de este Héroe tan jóven, fué siempre para vuestros encantos una inexpugnable muralla. El placer, que es quien muchas veces fortalece el valor del guerrero, fué

fué el primer enemigo contra quien creyó debia combatir. El único placer que se prometia, como virtuoso soldado, era el distinguirse por su valor. Su ambicion solo aspiraba al honor de servir á su príncipe del mejor modo posible. Aunque se deleytasen los otros en causar la ruina de quantos podian por los excesos de una odiosa violencia, y aunque su interesado furor no respetase ninguna ley; solo se prestaba nuestro Santo á los sentimientos de moderacion, de dulzura y de caridad.

¡Caridad de *San Martin*! ¿Qué es lo que he dicho señores? ¿Que accion tan brillante nos representa aquí su fé? Figuraos en vuestra imaginacion aquel pobre bañado en lágrimas, que postrado á sus pies le exponia las desgracias de su triste suerte. Privado como él de los bienes de fortuna, sentia no poder conceder á aquel desdichado, sino una mera compasion, porque á su corazon le costaba mucho no remediar á quantos imploraban su socorro. Pero ¿qué artificio os parece que le sugerirá su fé? La de desnudarse á sí mismo para encubrir la indignancia, creyéndose sumamente feliz en partir su capa con un hombre que era la imágen de su Dios. ¡O prodigio digno de admiracion en todos los siglos! Exercitar del modo mas superior un militar y un catecúmeno la virtud mas perfecta del Christianismo, es uno de aquellos rasgos que se conocen, pero de quienes no se puede manifestar debidamente la grandeza y el heroísmo. A estos primeros triunfos que distinguen la fé de *San Martin* se sigue una victoria mas

importante. Acababa de romper el fatal vínculo que le unia al siglo profano. En vano se empeñaba el mundo en retenerle con el cúmulo de sus recompensas, y con la ceremonia de sus reprehensiones. Habia pensado y reflexionado sobre lo que debia hacer, y se quitó de la vista de la prostituída Babilonia. Ya habia llegado á Poitiers su fugitiva y prudente fé, para buscar en Hilario una guía clara y luminosa, y un maestro capaz de formarle en el heroísmo de la Religion. ¡O que maestro tan admirable! Hilario que era la gloria del Episcopado, el ornamento de los sabios, el terror del Arrianismo, el defensor y la víctima de la fé de Nicea: Hilario que era el intérprete mas juicioso, y el mas eloqüente panegirista de la Trinidad: Hilario, cuyos profundos escritos, y cuyo intrépido zelo ataca al error hasta sobre el trono mismo, le detiene en sus empresas, le descubre en sus sutilezas, le confunde en sus principios y le fuerza en sus retrincheramientos: Hilario, en fin, que por la constancia de sus trabajos y la atrevida santidad de su conducta, defendia la Divinidad de Jesu-Christo, hacia triunfar la Religion y admiraba al universo.

A este grande hombre estaba reservado dirigir á *San Martin* en los misteriosos caminos de la fé. ¡Que no pudiera yo hacerlos ver la codicia con que estudiaba el discípulo el espíritu del maestro! ¡Que no pudiera yo manifestaros aquellas secretas conversaciones con que trasladó este sus sentimientos al corazón de aquel! Heredero nuestro Héroe de la fé de San

San Hilario, no tardó mucho en acompañarle por el camino de la penitencia. Por el heroísmo de su fé triunfó del mundo, y por los rigores de la penitencia de sí mismo.

Aquí se empiezan á descubrir una multitud de hechos asombrosos. En un christiano que apenas acaba de abrir los ojos á la luz Evangélica se presenta ya un mártir voluntario y un otro Juan Bautista, ingenioso para encontrar nuevos géneros de mortificación. En efecto, el vivir en el silencio de la soledad, con el único fin de entregarse á ella, y sin que nadie le viese, á los últimos excesos de la penitencia: el consumirse con rigurosos ayunos y continuas vigiliás, exerciendo una especie de tiranía sobre una carne inocente, y el reducirse en algun modo á la nada por austeridades siempre nuevas, no es mas que una débil pintura del asombroso espectáculo que ofreció *San Martin* al Poitou. Sigámosle, pues, desde esta provincia hasta Turena. ¿Os parece que degenerará en ella de sus excesivas penitencias? No señores: allí es donde se ofrece á nuestra consideracion el mas famoso espectáculo de las victorias que consiguió sobre sí mismo.

Figuraos, pues, un obscuro y casi inaccesible retiro situado entre los horrores de un espantoso desierto y cercado de una escarpada roca. Parece que la naturaleza ha negado allí la vista á las indagaciones de los hombres, y apenas se cree que faciliten la entrada sus tortuosos caminos. Tal es la situacion del solitario parage á donde le conduxo el espíritu de penitencia. El manifestaros hasta qué pun-

to llegó allí á ser víctima de su furor, es sumamente dificultoso: el mas vivo retrato que se puede hacer se queda en un mero bosquejo. Vosotros solos, ó preciosos lugares, testigos de tantos prodigios, vosotros solos sois los que le podeis dar completo. Decidnos cuebas profundas, que resonabais tantas veces con los redoblados golpes que descargó sobre un cuerpo agobiado ya con mil mortificaciones, decidnos del modo que se atraxo tan breve sobre sí ese nuevo solitario las atenciones de los hombres, y mereció las complacencias del mismo Dios. Vosotras visteis lo atento que estuvo el cielo para aumentar su gloria, así como él fué de ingenioso para ocultarse á los aplausos del mundo. Vosotras visteis::: pero ¿qué es lo que yo mismo estoy viendo? Ese horroroso desierto se vuelve un célebre monasterio, el primero de Francia, y tambien el primero tal vez que se estableció en el Occidente. Ochenta discipulos distinguidos por su nobleza se apresuraron á ponerse baxo las órdenes y disciplina de *San Martin*, cimentándose con sus exemplos, imitando la austeridad de su penitencia y llegando á ser el asombro del mundo christiano. De este modo se levantó, baxo los auspicios de nuestro Santo, la famosa Abadía de Marmontier, la que aun en el dia subsiste y por el discurso de tantos siglos ha dado constantemente á la Iglesia prelados distinguidos por sus virtudes y ciencias, y prelados que mucho tiempo despues de su fundador han hecho revivir la santidad de su espíritu.

Pe-

Pero en la tierra jamas corona á los santos una gloria sin mancha: el cielo les embia contratiempos para experimentar su virtud. Enemigo *San Martin* de sí mismo, debia no obstante, pelear aun contra otros. ¿Acaso hay algun hombre que no los tenga? Levántase la embidia contra nuestro Santo, atácale el furor, y el mártir de la penitencia llegó á ser casi el de la fé. Mas ¿qué es lo que puede vuestra rabia, hombres inquietos? Atreveos á obrar, y sereis confundidos: vuestros inútiles esfuerzos se vendrán á estrellar contra un corazon firme é inmutable. La penitencia de *San Martin* triunfa de las mas violentas tempestades. *Flaverunt venti, et irruerunt* (1).

¡O penitencia invencible! ¡Qué encadenacion de maravillas nos ofreces al presente! Para explicáros las yo, necesitaba la eloqüencia de un *San Bernardo*. Pero ¿qué es lo que digo? Aquel zeloso panegirista de *San Martin* confiesa de sí mismo, que no sabe como reunir baxo un solo punto de vista tantas contradicciones, tanto valor y tantas perfecciones é intrepidez. *Persecutiones quas sustinuit beatus Martinus propter Fidem, longum est numerare*. Parece que el cielo y la tierra han sentido su pérdida. *Flaverunt venti, et irruerunt*. Este es otro Job de quien se puede decir, que armaba la Providencia contra él enemigos siempre nuevos y cada vez mas furiosos.

Tan pronto como se manifestaba la calumnia con envenenados discursos, procuraba atacar

(1) Matth. 7. 27.

carla y destruirla; y lo mismo era autorizarla la preocupación con las demostraciones mas indignas, que animar á los espíritus y conjurar á los corazones contra ella. Aunque se presentaban á *San Martin* sus injustos agresores, sufría y callaba: mas breve se cansaba la crueldad de perseguirle que su paciencia de sufrir las persecuciones. *Irruerunt*. En la embocadura de los Alpes se atrevieron dos hombres sanguinarios y alimentados con carne humana, á levantar contra él una mano sacrílega. Guiados por el interés y sostenidos por la audacia intentaron perseguirle. *Irruerunt*. Pero su dulce tranquilidad y su inmutable paciencia les encantó y arrebató al verle. Siguióse inmediatamente la reflexion al asombro. Postráronse desarmados á los pies de nuestro Santo, y confesaron la iniquidad de su conducta. De suerte, que aquellos que se lisongeaban ser los autores de su muerte, llegaron á ser la conquista de su zelo. *Irruerunt*.

No escuchando el impetuoso Brice mas que los impulsos de una inconsiderada juventud (condenada igualmente por el zelo que por los exemplos de *San Martin*), aspiraba solamente á lograr la hora de la superior venganza á que le arrastraba su temeridad. Como interesado censor de una virtud que le reprobaba sus vicios, llegaba á producirse hasta delante de los altares con invectivas amargas. *Irruerunt*. Pero ¿qué consiguió quando intentó sorprender la incredulidad del pueblo con la pintura mas iniqua de *San Martin*? ¡Ah! no tardó mucho en confundirse y detenerse, hallando en la

la paciencia de nuestro Héroe un fuertísimo freno á su audacia: múdase esta en respeto, el furor en admiracion y la sátira en alabanza. De modo, que el contrario é indiscreto agresor de *San Martin*, llegó á ser su fiel discípulo, y el heredero de sus virtudes y de su gloria. *Irruerunt*.

¡O qué nuevo espectáculo se ofrece á mi vista! Pero no hagamos caso de las contradicciones que nos presenta la historia de nuestro Héroe, ni de los esfuerzos de la heregía, de la rabia de la idolatría, de la violencia del libertino, ni de las cadenas ni prisiones. Su paciencia es superior á todo, y por todas partes observo que sale su gloria del seno de las persecuciones; por todas que se sigue el sosiego á la tempestad, y que su valor y constancia le atrae por admiradores hasta sus propios enemigos. Triunfó de estos con su paciencia, y de sus admiradores con su humildad.

Esto es, señores, el heroísmo de los corazones grandes. Ser insensible á los movimientos del amor propio, es una circunstancia de que carecen las almas vulgares. Ser el objeto de la admiracion pública, y saberse negar á un tributo tan lisonjero, es lo mismo que querer ocular á los honores que nos buscan. A *San Martin*, pues, correspondia dar de esto al asombrado universo una prueba semejante: su exemplo será siempre la condenacion de aquellos viles esclavos de la fortuna, cuya elevacion no es tanto efecto del mérito, quanto obra del enredo.

¡Qué escena tan edificativa os debia yo re-
pre-

presentar! ¡Qué combate tan singular entre su humildad y la conducta de sus admiradores! Acababa San Liborio, digno sucesor de San Cayetano, de concluir su dichosa carrera; pero como era un prelado á quien adornaban todas las virtudes que edifican á los pueblos, y todos aquellos talentos que atraen los corazones, se dudaba poder hallar sugeto á propósito que ocupase el hueco de tan grande hombre. ¿Sobre quién os parece que echó la vista la Iglesia de Tours? Sobre *San Martin*: la brillantez de su mérito atraía en su favor todos los votos. Mas ¿cómo se habia de sacar al hombre de Dios de su soledad? Su humildad le apartaba otro tanto mas de los honoresen quanto mas bien los merecia: era menester sorprenderla para vencerla, y para obligar á que cediese su modestia era indispensable que interviniese la caridad. En suma, consiguióse el fin; y quando le parecia á nuestro Santo que caminaba á las humillaciones, se dirigia á la gloria: creyendo que iba á socorrer la indigencia enferma, se apresuró para llenar las miras del pueblo que le esperaba, y que no tardó en ver prostrado á sus pies.

Figuraos, oyentes míos, si es posible, en vuestra imaginación los opuestos sentimientos que dividian el corazon de *San Martin*. El Episcopado es un ministerio penoso y lleno de trabajo, y esto bastaba para que se determinase á abrazarlo su valor; pero como requiere talentos y virtudes era muy suficiente para acobardar su modestia: de modo, que su valor deseaba lo que su modestia temia. ¡O herma-

nos

nios míos, exclamaba él, volvedme, volvedme á mi soledad! Esta debe ser mi única herencia. Una preocupacion demasiado favorable ácia mí es la que ha determinado vuestra eleccion. Incapaz de corresponder al concepto que habeis formado, tiemblo y me estremezco á vista del terrible ministerio de que quereis encargarme.

Estando ya para separarse de la gloria que le esperaba por medio de una precipitada fuga, procuraba escaparse de la vista de quienes no podian admirarle como quisieran. Pero quanto mas se resistia su humildad, otro tanto mas se la violentaba: hasta el mismo cielo declaró su voluntad con acontecimientos singulares. Inútiles lágrimas y protestas. A pesar de la constancia con que lo rehusó *San Martin* fué colocado sobre el trono de la Iglesia. Nuevos triunfos para su humildad. Siempre se sostendrá en la elevacion, y su fervor y penitencia no declinarán. Siempre será el ornamento de la Religion, ó por mejor decir, su defensor. Esta es mi

SEGUNDA PARTE.

El confundir la impiedad del paganismo, sujetar la opinion de la heregia, extirpar los errores de la supersticion y combatir los sucesos del falso zelo: son asuntos en quien yo creo que estriva el apoyo de la Religion, y el nombre del héroe suyo en quien los desempeña: idea natural que desde luego nos manifiesta el carácter de *San Martin*.

Es-

Este, pues, sostiene la Religion contra la impiedad del paganismo, que es el triunfo de su intrepidez. Sostiene á la Religion contra el sistema de la heregía, que es el triunfo de su ciencia. Sostiene la Religion contra los errores de la supersticion, que es el triunfo de su discernimiento: Y sostiene á la Religion contra los excesos del falso zelo, que es el triunfo de su constancia. ¡Qué infinidad de prodigios!

Desde luego os debo manifestar el vencedor del paganismo. Desde la muerte de Constantino el Grande parecia que se reproducía la idolatría por instantes. Aquel príncipe fué el primero que hizo subir al Christianismo sobre el trono de los Césares. Firme é inmutable siempre en su fé, habia sepultado los idolos baxo las ruinas de sus templos; pero los herederos de su corona no lo fueron de su zelo. ¡Qué funestos contratiempos experimentó la Iglesia con la equívoca fé de Constantino el jóven, y la vana y ridícula supersticion de Constanza, que se atrevió temerariamente á adornar con el título de eterna á la indigna apostasía de Juliano, cuya impiedad le habia oscurecido las mas brillantes qualidades! En vano habia hecho colocar el piadoso Jobiano la respetable señal de la cruz sobre los estandartes en que Juliano la habia hecho quitar. Un nuevo reynado atrae nuevos acontecimientos. Valentiniano y Valence permitieron que siguiese cada uno la religion de sus mayores: conservaban el derecho y las esenciones de sacrificadores paganos, y parecia que con sus

pú-

públicas demostraciones se entregaban cada vez mas á la propagacion de la idolatría. Pero donde se establecia el culto de las falsas divinidades con mas particularidad era en las Gaulas. Desde el nacimiento del Christianismo en Occidente habia sido establecido en ellas la fé. ¡Débiles principios por cierto, pues que su triunfo habia sido imperfectísimo! La cruz solo tenia un pequeño número de adoradores. A *San Martin* estaba reservado extender las conquistas del Evangelio en aquellos dilatados paises.

Pero ¡con qué pruebas tan crueles debia entrar en esta penosa carrera! La primera conquista que meditó, se le escapó, digámoslo así, de entre las manos. ¡Ceguedad fatal! Su corazon fué otro tanto mas penetrado y lleno de ternura y mocion, en quanto le era el objeto mas amable. En un padre fué en quien solamente halló el enemigo que le resistía. Una madre tierna y dócil se hubiera prestado fácilmente á las insinuaciones de la gracia. Una multitud de pueblos se someterán á la obediencia de la cruz. Pero nunca olvidará *San Martin* en medio de sus mas brillantes sucesos, que la victoria que mas bien le lisongearía á su zelo, es justamente la que el cielo le queria negar. Sin embargo ¡quántos trofeos consiguió con que poder ocultar esta negacion!

Yo me le represento en medio de la Francia como si fuera otro Ezechiél, á quien conduce el espíritu de Dios por toda una vasta y dilatada campiña. Sepultado el pueblo en las sombras del paganismo, sin conocimiento del

ver-

verdadero Dios, me representa aquellos desecados huesos sin forma, acción, ni movimiento, á quienes el profeta hace oír la voz del Señor todo Poderoso. *Ossa arida, audite verbum Domini* (1). En efecto, lo mismo fué hablar el profeta que percibirse un ruido lento, y cubrirse de carne nueva aquellos disecados y dispersos huesos, reuniéndose y reanimándose hasta llegar á tomar muy en breve la forma de un cuerpo perfecto. *Ingressus est in ea spiritus, et vixerunt* (2).

¡O pueblos que estais abrigados á la sombra de la muerte, y no adorais á otro Dios que á la obra de vuestras manos! Escuchad, decia á la obra de vuestras manos! Escuchad, decia á la obra de vuestras manos! Escuchad, decia *San Martin*, escuchad la palabra de un Señor mas poderoso. *Ossa arida, audite verbum Domini*. Apenas hizo el nuevo Ezechiél que se oyese su voz quando se vieron por todas partes los mas maravillosos efectos. Reunianse los pueblos distantes, y el espíritu de Dios les turbaba, movia y hacia mudar de vida. A semejanza de aquellos desecados huesos que se reanimaban, tomaban una nueva forma y aspecto. Los unos renacian á la vida, y los otros se volvian á la gracia. *Ingressus est in ea spiritus, et vixerunt*.

Si yo hubiera querido haceros un elogio ménos fecundo en maravillas, me hubiera detenido á manifestaros los obstáculos que tuvo que vencer *San Martin*: os hubiera dicho, que no solo tuvo que vencer las preocupaciones de

(1) Ezech. 37. v. 4.

(2) Ibid. 37. v. 10.

la educación, la fuerza del exemplo y la tiranía de la costumbre, sino tambien la ceguera de los entendimientos, y la depravacion de los corazones: os hubiera dicho, que se proponia inspirar el horror del vicio nada ménos que á unos hombres que le establecian como virtud; y en fin, os hubiera hecho admirar la actividad y fuerza del heroísmo de su zelo. Pero yo no quiero acordarme aquí de los combates, y solo quiero tener presentes los triunfos, presentando allanados los obstáculos, y coronados los trabajos por los mas gloriosos sucesos.

Todo mudaba de aspecto; los templos de los falsos Dioses se veian reducidos á polvo; suspensos y abolidos los sacrílegos cultos; todos los monumentos de la idolatría trastornados, y hechos pedazos los ídolos sobre sus propios altares. En vano buscaria yo aquellos árboles consagrados en la antigüedad por la credulidad del pueblo, porque ya no existian. A presencia de los revoltosos idólatras, y á pesar de sus esfuerzos, de sus amenazas y de su furor, destruyó *San Martin* las funestas obras del infierno, y erigió de ellas á la Religion otros tantos triunfos. En los mismos parages en que se veian los templos de los inanimados ídolos, se levantaron con magestad los del Dios vivo. Los pueblos que ántes eran bárbaros, preocupados y sumergidos en las tinieblas de la idolatría, formaban un pueblo civilizado, dócil y christiano. *Ingressus est in ea spiritus, et vixerunt*.

Con el mismo ardor que defendia á la Religion.
Tom. IV. M li

ligion contra la impiedad del paganismo , la sostenia contra la heregía rebelada. Acia mediados del quarto siglo habia visto la Iglesia levantarse en su seno la mas furiosa tempestad. Un hombre de sutil y elevado entendimiento , y tan capaz para persuadir como seducir ; de un natural dulce , agradable y propio para darse á conocer ; de un exterior grave y austéro ; hábil para engañar , y que desde luego fué conocido por sus talentos , despues por su inconstancia , y por último por su impiedad. Arrio , en fin , acababa de turbar la paz de la Iglesia por un sistema que solo se dirigia á destruir la Divinidad del Verbo. A pesar de las excomuniones que se habian echado contra él en el concilio de Nicea , enardecieron la audacia del heresiarca sus primeros sucesos. Ya se estaba preparando para nuevos triunfos quando le detuvo una muerte trágica en sus funestos proyectos ; mas por desgracia no puso fin á sus errores el de sus dias. Favorecido y sostenido el Arrianismo por los potentados , se esparcia como un torrente , y resistian sus fieros sectarios á la ciencia de los Atanasios en Oriente , y de los Hilarios en Occidente. Todo el universo se veía con asombro sepultado en el error. *Mirabatur orbis se esse Arianum.* La fé se vió sorprendida en la misma Roma por una fórmula equívoca. Pero ¿diré yo que executó *San Martin* lo que los Atanasios y los Hilarios habian intentado inútilmente? No por cierto : el zelo de nuestro Santo no podia extinguir enteramente las llamas de este universal incendio. Pero ¡quán ter-

ribles son los golpes que su intrepidez y ciencia descargó sobre este activo monstruo!

Aun no se contentó con establecer el incontrastable principio de la constanciabilidad del Verbo Jesu-Christo engendrado por su Padre en el esplendor de los Santos ántes del nacimiento de los siglos , nacido del seno de una Virgen ; igual en todo á su Padre , y poderoso y eterno Dios como él. No se contentó con hacer ver , que tres personas son un solo Dios ; que la Unidad de naturaleza , no destruye la Trinidad de las personas , y que este es un misterio superior á la razon sin ser no obstante contra ella.

A estas maravillosas señales de una profunda ciencia , juntaba *San Martin* los últimos esfuerzos de un zelo infatigable. Atacaba y combatia á la heregía en el pueblo , porque sabia que era otro tanto mas poderosa sobre su espíritu , en quanto no la abrazaba sino por ignorancia , no la sostenia sino por preocupacion. Peleaba contra ella por su flanco , y así no tardaba en lograr el triunfo. Toda la Iliria me ofrece los trofeos de su zelo.

Vencedor de las ideas comunes , perseguía al Arrianismo en sus mas ardientes protectores. Los Obispos contra quienes daba eran los cabezas de partido. El interes ó la ambicion es el vicio que arrastra á un prelado á las novedades profanas. El deseo de mandar se reviste con las apariencias de la Religion. Otro tanto mas preocupado y unido está un obispo al error en quanto conoce mas bien su ridícula falsedad. Tal era Auxenzo obispo de Mi-

lan. La ambicion le habia hecho ser partidario de Arrio, y un falso punto de honor su apoyo. Como de corto ingenio, y de violento carácter, se vió precisado á callar con el discurso de *San Martin*, y no acertó á vengarse de él sino por injustas persecuciones. La rabia y el furor es la última defensa de la heregía.

Pero ¿si habré dicho yo lo suficiente? ¡Ah señores! El zelo de nuestro Santo abrazaba empresas mas arduas. Confundia el Arrianismo hasta en el trono. Si, señores, la corona imperial tambien estaba imbuida de este fatal veneno. Justina apoyaba el error con su autoridad. Criada en la Religion arriana llevaba su odio contra los católicos hasta el último exceso. Sus mayores enemigos eran los ministros de Jesu-Christo. El sexó femenino no se contenta con aborrecer, sino que es sumamente ingenioso para comunicar su odio. Justina inspiró á Valentiniano sus mismos sentimientos. Lleno este de fiereza y de imperio, é inaccesible para todo el mundo, le parecia que no podia ser tan dulce, fácil y condescendiente para la emperatriz como debia. Los deseos de Justina arreglaban la voluntad del príncipe; reynaba ella sobre su corazon, y sabia hacer que imperase al mismo tiempo el Arrianismo. Protegia á la heregía Valentiniano sin ser herege, y apartaba del trono los ministros del santuario. Preséntase *San Martin* en la corte, y aunque se le hizo saber al príncipe no permitió que le viesse. ¡Privacion y negativa inútil! ¿Qué es lo que veo? Allanáronse los obstáculos, sorprendióse la vigilancia de los guar-

guardas, y las puertas se abrieron por sí mismas. Hasta los pies del trono se abrió *San Martin* un paso libre. Acércase al príncipe, obligale á calmar por un resplandeciente milagro su injusta cólera, y con este atrevido golpe puso al Arrianismo en precision de confesar su imposibilidad ó rendirse á la verdad.

Nuevas empresas ó triunfos para nuestro Héroe. Vencida la heregía le miraba como á su destructor y su azote. Pero aun fué mas delicado el proyecto de suspender y detener los errores de la supersticion. ¿Acaso es esta mémos fatal á la Iglesia que la incredulidad? Este es un problema que no me toca á mí resolverle. Tanto un exceso como otro es preciso que arrastre á los mas funestos extravíos. La incredulidad lo desecha todo, y la supersticion nada. La una duda hasta de la misma verdad, y la otra cree que la está viendo en la mentira. La una es el vicio del entendimiento que profundiza demasiado, y la otra del entendimiento que no profundiza lo bastante. Los grandes caen ordinariamente en aquella, y el pueblo en esta. Si es dificultoso poder persuadir á los primeros, no es mas fácil poder desengañar á los segundos: en unos y otros encuentra la Religion sus mas peligrosos enemigos. En una palabra, al hombre incrédulo se le ve ceder alguna vez á la razon, quando parece que el supersticioso triunfa de ella misma.

Estas comunes ideas se deslizan imperceptiblemente, esparciéndose muy en breve, y perpetuándose en la sucesion de los siglos. La ignorancia las produce, la impostura las adop-

ta, la costumbre las autoriza, y la credulidad piensa que reconoce en ellas un carácter de Religión: Abuso peligrosísimo que se determinó á cortar *San Martin*.

Introdujose cerca de Marmontier un culto público á quien habia dado origen una falsa opinion. Un mártir supuesto de quien ignoraba el pueblo hasta el nombre, y cuyo poder no era ménos sospechoso, fué el objeto de la superstición. Erigióse un altar en su honor, y se vió concurrir delante de él á todo el pueblo á porfia. Era este sumamente ingenioso para suponer en el pretendido santo las mas heróycas virtudes, y tal vez, para concederle milagros. ¿Acaso es menester, oyentes míos, representaros las mas brillantes escenas de que era teatro aquel famoso sepulcro? El zelo de *S. Martin* me ofrece otro espectáculo muy distinto. ¡Qué prudencia! ¡Qué discernimiento! Testigo de la devoción popular, no tuvo desde luego por conveniente abolirla, sino buscar los medios de justificarla. Ya que no podia descubrir en una obscura tradicion la mentira de entre la verdad, hizo por escusar algun tiempo aquel indiscreto esplendor. Dirigió sus súplicas al cielo para arreglar los pasos de su zelo. Oyó el Señor sus imprecaciones y conoció el abuso de un culto introducido fraudulentamente. Cubrióse de una horrible obscuridad el sepulcro del falso mártir, y se entregó entonces nuestro Santo á su impetuoso fervor, amedrentando y descargando amenazas por todas partes. Intimidó al pueblo para desengañarle mas bien, y le obligó de una vez, tanto á renunciar

ciar un santo sin mérito, quanto á apartarse de una devoción sin autoridad.

De este modo sostenia la pureza de la Religión contra los errores de una supersticiosa costumbre, y contra los excesos del falso zelo. Estos son unos prodigios conocidos, célebres y únicos, que solo basta indicárles á vuestra consideración. Vuestro entendimiento os lleva ya á la corte de Máximo. En este nombre se comprehende lo que tiene la tiranía de mas odioso, un vasallo rebelado contra su príncipe, y un vasallo, en fin, que por medio de la muerte de su señor se atrevió á abrir un sangriento paso á la corona. ¡Qué atentado! Pero el crimen también tiene sus lisonjeros. La adulacion sigue por todas partes al poder. Hasta el mismo zelo se le ve degenerar de la santa intrepidez que debe formar su carácter, como si el trono quitara defectos y diera virtudes. Atraídos á la corte para solicitar las gracias del príncipe, hasta los mismos obispos se atreven á colocar entre el número de los cortesanos. Guíales la caridad, y en favor suyo se atreven á constituir sus panegiristas á expensas de la verdad. Ingeniosos para descubrir la debilidad de Máximo, creían que habian de conseguir con la lisonja lo que no se atrevian á esperar de su justicia. Viles adoradores de la fortuna, degradaban al sacerdocio, y les hacia su mal entendido zelo prevaricadores de su ministerio, quando debieran desempeñarle con mas severidad. ¡O iniquos procederes de la humana política! No, no os jactareis de que reynasteis jama s en los discursos de *San Martin*

tin. Preséntase delante del tirano como los demás obispos ; pero aunque le trae el mismo fin, no esperéis ver la propia debilidad que en ellos. Viene á conquistar á Máximo , y á romper las cadenas de infinitos desgraciados que gimen en horribosas prisiones. Quando suplicaba parecia que mandaba. No le deslumbró la brillantez del trono , pero tampoco le dexó ver la imágen de su Dios en un criminal usurpador de la corona. Hablaba contra Máximo en su misma presencia.

Si desde luego convino en sentarse á la mesa del tirano , no fué por otra cosa que por dar al universo admirado el exemplo único de una libertad superior á los acontecimientos. Bien sabeis el lance tan famoso que sucedió quando le presentó el emperador la copa , y la alargó ántes de volvérsela al ministro de Jesu-Christo que le acompañaba. Accion heróyca que dexó admirado á Máximo , y cundió por toda la corte con igual asombro. Pero ¿para qué me canso? La mas remota posteridad tendrá siempre que aprender con nueva admiracion , viendo á nuestro Santo colmado de honores por los señores del Mundo , sin que les tributase los que no le parecia corresponderles. ¿No es esto , señores , el verdadero modo de sostener á la Religion contra los excesos del falso zelo? Y quando hablo de estos mismos excesos , ¿no advertís en ellos una fatal señal para *San Martin* en lugar de ser gloriosa? Me explicaré.

La heregía de los Priscilianistas que se vió nacer en España , empezaba á extenderse por el

el reyno de Francia. Condenóla el concilio de Zaragoza ; pero quiso un zelo indiscreto descargar sobre el error golpes mas decisivos. Prendió Itaca detener el mal en su origen ; y aunque habia hablado la Iglesia sobre el particular , no era para él suficiente , y así hizo resonar en el trono del emperador una causa que no era de su inspeccion. Los obispos á quienes tocaba confundir á qualquiera enemigo adicto á la heregía , se juntaron en Itaca , y formaron un partido con el que la persiguieron como lo habian intentado. Resistíase nuestro Santo á que Máximo les sostuviese en su empresa , como que no es propio de la potestad secular , sino ántes bien de un tribunal muy extraño el concluir las conferencias que se suscitan en la Iglesia. Qualquiera que sea el zelo que se atreva á recurrir á aquel tribunal , es un zelo falso : condenábale , pues , nuestro Santo , y lo mismo al de los Priscilianistas.

En efecto , en vano se le criticó su dulzura , y se quiso suponer que favorecia á los hereges y estaba por su modo de pensar. La dulzura de *San Martin* estaba arreglada á la justicia. Como el someter una causa eclesiástica á un juez secular es trastornar el orden , creyó nuestro Santo que no debía comunicar sobre la que ocurrió en sus dias con los de Itaca. ¡Quánta gloria le ha resultado de este modo de pensar !

Mas ¿si lo diré yo? La columna de la Religion se empezaba á balancear , y el Moyses de la nueva ley titubeaba , y cayó en fin. Sa-
lió

lió un edicto sanguinario del trono, y creyó nuestro Héroe que no podría salvar á la inocencia oprimida sino ofreciéndose por ella al arbitrio del emperador. Como la caridad le estimulaba á ello, se resolvió á ejecutarlo, tratando desde entónces con los de Itaca su mas temible enemigo. Yo, señor, adoro tus divinas determinaciones. Conozco que la virtud del Santo prelado á quien celebramos hubiera sido mas brillante sino hubiese tenido sus eclipses; y no se hubiera tenido por de ningun hombre, sino hubiera manifestado algunas humanas flaquezas. Pero esta misma debilidad vino á ser en él la causa que le impelió á una dilatada penitencia. ¡De cuánta instrucción nos sirve este delicado asunto!

Este hombre á quien reconocian los elementos y anunciaban su poder; este hombre á quien respetaba la muerte, y este Taumaturgo, en fin, cuyos pasos estaban todos señalados con el distintivo de algunos prodigios, no estuvo libre de defectos. El fué ciertamente el depositario del divino poder; pero tambien fué un triste exemplo de la fragilidad humana. Admirémos sus virtudes y su gloria; aprendamos de su caída y de su penitencia, y conozcamos que los hombres mas grandes siempre son hombres: es verdad que pueden caer, pero su caída da una nueva brillantéz á su santidad, y su penitencia pone el colmo á sus virtudes.

Bien pudiera yo representaros á *San Martin* quando estaba lleno de lágrimas y de humillaciones, mucho mas grande que quando

re-

reducia á polvo los templos de los ídolos, daba vista á los ciegos, oído á los sordos y vida á los muertos. Pero precisado por el tiempo á ceñirme y dexar de referir muchas particularidades de un elogio que jamas podría concluir, me contentaré solamente con hacer mencion de la que pertenece al fin de su carrera.

¡Qué zelo, qué constancia y qué sumision tan perfecta á las disposiciones de la Providencia Divina! El que muere de este modo vive para siempre; porque no tiene mas voluntad que la de su Dios. ¡O prodigio de la mas héroyca virtud! El no temer la muerte, ni resistirse á perder la vida; hallarse igualmente agitado, tanto por el deseo de ir á gozar de la recompensa de sus trabajos, quanto por el ardor de empeñarse en otros aun mucho mayores, ¿no es, si me es permitido hablar así, ser un mártir mas generoso que los mismos mártires? *Non recuso laborem*. No, oyentes míos, no era para él su corazón, porque era herencia de su Dios y de su pueblo, del cielo y de la tierra. Manda, señor, manda que pronto está á seguir tu voluntad. Feliz en todas partes, como que no apetecé vivir, no quiere morir sino por tí. *Non recuso laborem*. ¡Qué muerte tan dichosa! Pero es una muerte digna de aquellos hombres que son los héroes de la Religion. Los prodigios de su muerte igualan á los de su vida. Su gloria le sigue hasta el sepulcro; los milagros se multiplican, y su nombre se ha hecho célebre en todos los parages del Mundo. El tiempo de su muerte ha venido á ser una época célebre y universal; la Iglesia

sia le tributa los mas singulares honores , y la gracia le reverencia con el glorioso nombre de Taumaturgo.

Por lo que hace á nosotros , oyentes mios, le debemos reverenciar como á un hombre que es el ornamento y el defensor de la Religion. El paganismo , la heregia , la supersticion y el falso zelo , le mirarán siempre como á su vencedor y su azote. Nosotros no debemos hacer otra cosa , que caminar á su exemplo por las sendas de una fé cierta y segura , de una rigurosa penitencia , de una paciencia invencible y de una humildad profunda.

¡O Santo mio! ¡quánto os debe en particular la Iglesia Galicana, quando la universal os es deudora de tantas obligaciones! La Francia que fué el teatro de vuestro apostolado , os es responsable en algun modo de la Religion que profesa. ¡Quiera Dios que jamas se altere! ¡Quiera Dios que este reyno tenga siempre presente que recibió de tí la fé y está obligado á mantenerla del modo que se la enseñaste! Ampara á este pueblo fiel , pues se interesa con especialidad en tu gloria. ¡Permita el Señor que despues de haber caminado por tus huellas en este valle de lágrimas, podamos llegar á conseguir la recompensa de que gozas tú en la eterna bienaventuranza. Amen.

DISCURSO

PARA LA SOLEMNE DEDICACION
de la Iglesia de San Sulpicio:

PRONUNCIADO

En uno de los dias de su Octava.

Faciam illum columnam in templo. Yo haré que sea la columna y el apoyo del Templo. *Apoc. 3. 12.*

El zelo acaba de poner el colmo á sus prodigios , y los trabajos están acabados. Este templo que, sin estar concluida su magnificencia , habia atraido las atenciones del público y merecido su admiracion ; este augusto templo digo , que es un perfecto modelo de las obras del arte digno de un nuevo Salomón , y maravilla de nuestro siglo , se ofrece por fin á vuestra vista en todo su esplendor , y logra de que vuestra piedad venga como á porfia á contemplarle.

Pero mientras que vuestra vista acaba de